



la VIDA
equilibrada
de FE
por Jimmy
Swaggart

modice

Ana Maria Orozco Acosta

la **VIDA**
equilibrada
de **FE**
por Jimmy
Swaggart

Versión castellana:
Benjamín E. Mercado

Este libro fue publicado originalmente
en inglés con el título de
The Balanced Faith Life

© Jimmy Swaggart, 1980.

Edición en idioma español

© Jimmy Swaggart, 1981.
Baton Rouge, Louisiana 70821

Reservados todos los derechos.

Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. 1 Juan 5:4.

De nuevo me encuentro en el lugar en que se hallan con tanta frecuencia los predicadores que procuran sinceramente proclamar la verdadera Palabra de Dios. Sé que este mensaje no será popular. Aunque algunos lo recibirán con entusiasmo y coincidirán con él, desgraciadamente muchos otros se disgustarán y amargarán a causa de él.

Pero cuando un ministro del evangelio compromete su voz y su mente a presentar los mensajes que a su juicio Dios *quiere* presentar, descubrirá inevitablemente que esta resolución será puesta a prueba. Su determinación de *hacer* aquellas cosas que ha *manifestado* que quiere hacer, será puesta a prueba una y otra vez.

(Existen muchos elementos conflictivos de doctrina dentro de la colectividad cristiana que sería mejor no mencionar si no queremos perturbar las relaciones cristianas. ¿Es esto lo que desea Dios? Ciertamente no lo creo. Dios podría haber mantenido circunstancias *religiosas* más tranquilas si no hubiese enviado a

su Hijo unigénito para *sacudir* la calma de la religión establecida de aquella época.)

Por la misma razón, se propugnan en la actualidad filosofías que podrían *ser aceptadas* en su aspecto superficial. Si así lo hiciéramos, la hermandad cristiana podría desenvolverse con más tranquilidad. Pero, ¿es eso lo que Dios quiere? De nuevo afirmo que no.

Esos sentimientos de “ser dueños de la situación” o de estar “en completa comunión con Dios”, se nos presentan de vez en cuando y son, estoy seguro, con mucha frecuencia la expresa voluntad de Dios *para esa época determinada*. Dios emplea distintas herramientas de enseñanza y métodos diferentes para épocas diferentes y situaciones también distintas. Pero nosotros, seres limitados, tratamos de limitar a Dios. Y afirmamos: “Es así como *tiene* que ser porque es así como me aconteció a mí”, o “*Tiene* que ser así porque así fue como ocurrió la *última vez*.” ¡Cómo debe reírse Dios de nosotros!

Quiero hacer comentarios sobre algunas prácticas religiosas que a mi entender se han vuelto excesivas en nuestra época. A aquellos que me censuren por dar a conocer estas opiniones quiero decirles de inmediato: Yo también he sido culpable de alguno de los errores a que me refiero hoy. Solamente mediante el crecimiento podemos desarrollarnos. Creo

que Dios me ha dado la sabiduría, *por la experiencia*, para reconocer y corregir los errores que he cometido en el pasado. Señalando estos errores, quizá pueda influir a otros que tal vez se han descaminado en la *actualidad*. Quizá ellos también examinen su corazón y comprendan que las doctrinas simplistas e inflexibles rara vez proceden de Dios. Sólo pido que *todos* lean este folleto con oración, y si hay algo para el lector, que Dios le toque el corazón *mientras* lo lee.

LA VIDA DE FE

La frase "Vida de Fe" ha gozado de popularidad en círculos cristianos, desde hace algún tiempo. Este principio hermoso y legítimo ha sido una fuerza poderosa en mi propia vida. Oí por primera vez sus conceptos hace unos diez o doce años cuando por primera vez se enseñaba entre el cuerpo de creyentes.

Si *no hubiese sido* por el principio de la vida de fe y las enseñanzas sobre la materia, creo sinceramente que este ministerio particular nunca hubiese alcanzado la posición que ocupa hoy. Confesemos que aún queda mucho por aprender. Reconocemos que habrá siempre esferas en las que podemos mejorar y crecer, y que siempre nos quedará algo por hacer.

Pero al mismo tiempo, sabemos también que el Señor nos ha bendecido en

forma extraordinaria y nos ha dado la oportunidad de ejercer influencia en muchas vidas *por medio* de este ministerio.

Le damos las gracias a Dios *por* esto, reconociendo que el ministerio de la vida de fe ha fortalecido y vigorizado nuestra posición actual de fe y confianza.

Es solamente *mediante* el poder y la grandeza de Dios que se realiza el progreso en la vida cristiana. Cuando fui expuesto al Mensaje de Fe, ese mensaje transformó literalmente mi vida y ministerio. Jamás me olvidaré de ese momento. Cambié de un predicador derrotado a un predicador victorioso. Instantáneamente pasé de la enfermedad a la salud. De repente me libré de la debilidad humana para recibir el poder de Dios que todo lo abarca.

Actualmente predicamos el evangelio por seiscientas estaciones de radio y casi trescientas estaciones de televisión. Contamos con uno de los públicos oyentes y televidentes mayores del *mundo*. Nuestras cruzadas atraen multitudes extraordinarias, algunas de las más numerosas en la evangelización de la actualidad.

¿*Quién* es responsable de todo esto? Sin duda alguna, el Dios Todopoderoso. Pero al mismo tiempo, estoy absolutamente *convencido* de que si no fuese por el Mensaje de Fe no veríamos ni la décima parte (o quizá la centésima) de los resultados que observamos mediante este ministerio.

Hay ciertos hombres que se distinguen en los ministerios de fe de la actualidad, y que yo respeto profundamente. Los estimo sobremanera. Indudablemente, en los últimos días ha habido tal crecimiento de nuevos ministros en la esfera del Ministerio de Fe que hay centenares (quizá miles) que no conozco personalmente.

Naturalmente, no tiene importancia que yo conozca o no a cada ministro individualmente. Lo que quiero recalcar es que estoy discutiendo una *filosofía*, un asunto de punto de vista dentro del movimiento de fe y —recordando la alta estimación que yo *tengo* por tantos de estos antiguos y nuevos ministros de fe, además del hecho de que atribuyo mi propio éxito dentro de este ministerio, al Mensaje de Fe— espero que nadie pensará que lo que tengo que decir es un *ataque personal*, o mensaje dirigido a un grupo específico de ministros.

EPOCAS EN TRANSICION

Hace unos tres o cuatro años supe de factores que me provocaron preocupación. Era casi como si el Ministerio de Fe desarrollase un carácter propio, con fronteras que se extendían más allá de mi comprensión. De repente, acontecimientos relacionados con sanidades y milagros eran proclamados de tal manera que me fue difícil relacionarlos con la Palabra de Dios.

De repente se les enseñaba a los creyentes que podrían ¡*confesar* su propia utopía!, que podían *creer* por cosas que ningún creyente racional pediría según el marco de sus habilidades particulares o posición en la vida. ¿Procedía esto de Dios? Me sentía confundido porque los predicadores por todo el país proclamaban que éste era un “sistema” factible.

Noche tras noche, culto tras culto, regresaba a mi hotel sin poder conciliar el sueño durante la noche, *perturbado* en mi corazón por el giro que tomaban las cosas. Predicaba el Mensaje de Fe, pero ya no me sentía *cómodo* con él.

Ha sido siempre parte de mi vida y de mi ministerio el buscar *sinceramente* la voluntad de Dios. Nunca, en ningún momento, he querido decir algo que pudiese impedir u obstaculizar el crecimiento de un creyente. Y sin embargo comprendo que cuando un ministerio alcanza la amplitud que éste ha alcanzado, millares de personas pueden ser influidas por la declaración más insignificante.

Le he rogado repetidamente a Dios que me guarde de cometer errores que pudieran provocar problemas o dificultades para aquellos que confían en mis enseñanzas. Tomo muy en serio la responsabilidad de predicar el evangelio. Creo firmemente que la Palabra de Dios debe ser el fundamento de todas nuestras palabras y actos, especialmente para aque-

llos de nosotros que somos ministros del evangelio del Señor Jesucristo. Debemos comparar cuidadosamente toda palabra que predicamos con la infalible e inspirada Palabra de Dios.

Le he prometido a Dios —y a la gente que ha depositado en mí su fe— que nunca la descaminaré; que nunca la haré objeto de “manejos”; que nunca la explotaré. Me he comprometido a predicar siempre lo que a mi juicio es “la Palabra de Dios”.

UNA NUEVA DIRECCION

Cuántas noches permanecía despierto hasta la madrugada. Cuántas lágrimas derramé mientras clamaba a Dios que me *revelara* sus caminos. Aun cuando *procuraba* predicar lo que el Señor ponía en mi corazón, sabía que algo andaba mal. Tenía la sensación de que Dios *procuraba* comunicarse conmigo en el sentido de que algo andaba mal; sin embargo yo no entendí.

De repente entendí el mensaje. Nunca me olvidaré de ese día. Habíamos llegado la noche del jueves a la ciudad en donde comenzaría nuestra cruzada al día siguiente, el viernes por la noche. Ese viernes por la mañana puse un cassette de A. N. Trotter en mi grabadora. Alguien me había regalado esa cinta; no recuerdo quién fue. Naturalmente, a principios de mi ministerio prediqué en campamen-

tos con el hermano Trotter. Aquellos que están familiarizados con este ministerio recordarán que he contraído una eterna deuda de gratitud con el hermano Trotter por sentar muchos de los principios que aún guían mi vida y mi ministerio.

(Hacia muchos años que no había tenido la oportunidad de escuchar su ministerio. Al comenzar la cinta, terminé de afeitarme y anduve por unos momentos de aquí para allá, sin darme cuenta de lo que hacía, hasta que me senté al borde de la cama. Al continuar el mensaje de aquella cinta, sentí una poderosa unción del Espíritu de Dios dentro del mensaje que él predicaba. Antes de que terminara el mensaje (y sin darme cuenta siquiera) me encontré postrado en el piso del hotel, llorando.

Profundos sollozos me sacudían el cuerpo. Tan fuerte y vigorosa era la presencia de Dios que según creo si hubiese continuado por mucho más tiempo, no hubiera podido resistirla físicamente. Y en medio de esos sentimientos de la presencia de Dios, me habló con inequívoca claridad.)

“Retorna a la cruz.”

Ese fue el mensaje que recibí de Dios:

¡Retorna a la cruz!

Naturalmente, Dios no me dijo que me olvidara del Mensaje de Fe desde ahora en adelante. Pero sí me dijo que no debía fijar demasiada atención en un as-

pecto de la relación de Dios con el hombre, ni debía excluir de mi ministerio el programa bien *equilibrado* de Dios. Debía *especializarme* en la cruz.

Transformó por completo mi vida. Me quitó esa sensación terrible de estar alejado de Dios, sin quererlo. Cambió mi ministerio para siempre. Hace unos días me escribió un hombre diciendo: "Hermano Swaggart, su ministerio ha cambiado un poco en los últimos años." Ese hombre tiene razón. En los últimos años he cambiado el *énfasis* de mi ministerio.

(Creo sinceramente que este renovado énfasis en la cruz es precisamente lo que *quiere* el Espíritu Santo que hagamos en nuestro ministerio. Me siento cómodo con la dirección que ha tomado ahora mi ministerio. ¿Significa lo que digo que *nuestra* dirección y énfasis debe ser la dirección y énfasis para *todo* ministerio en la actualidad? Hace algunos años quizá hubiese dicho: "Sí, ésa es la dirección que Dios quiere que todos sigan."

Sin embargo, espero que con el grado de sabiduría que he recibido con el paso de los años, no caiga de nuevo en esta trampa tan humana. Todo lo que diré ahora es que estoy convencido de que ésta es la voluntad de Dios para *este* ministerio.

I. ¿FE O SUPOSICION?

(A fin de que comprendamos mejor la relación entre Dios y el hombre, debe-

mos comprender que existe una precisa diferencia entre las revelaciones específicas otorgadas en un momento particular (o a individuos particulares), y las revelaciones dadas como verdades generales que todo lo saturan, eternas, reveladas por Dios al hombre. La una (verdad eterna) emplea el vocablo griego *Logos*. Las verdades específicas y particulares se incluyen dentro del significado de otro vocablo llamado *Rhema*. *Logos* (en su esencia básica) significa "la palabra" o "palabra". Pero incorpora dentro de su significado *completo* la idea de *conocimientos* acerca de una materia, una idea, una filosofía, o un concepto.)

(Podemos (aunque no pretendo ser un exégeta bíblico, aunque me siento orgulloso de admitir que soy un *estudiante* de la Biblia), absorber algo de la esencia de la palabra *Logos* leyendo San Juan 1:1: "*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.*")

(Se emplea aquí el vocablo griego *Logos*. ¿Por qué? Porque se trata de una declaración universal y básica. Esta declaración es cierta ahora, lo ha sido siempre, y siempre lo será. No interesa cuáles sean nuestros puntos de vista al respecto; Dios ha declarado que es una verdad, un *hecho*.)

(*Rhema*, por otra parte, es una revelación para un momento específico, para gente específica en un lugar específico. En Hechos 13:42 la frase "hablasen de

estas palabras" equivale al vocablo griego *Rhema* y cuando los judíos salieron de la sinagoga, los gentiles les rogaron que esas palabras les fuesen predicadas el día de reposo siguiente.)

(Aquí la *palabra* dedicada a aquellos ciudadanos era una palabra específica para ese momento y tiempo particulares, y no poseía la universalidad ni la permanencia doctrinal de la declaración de Juan 1:1.)

(Naturalmente, una palabra *Logos* —una doctrina universal e inmutable que viene directamente de Dios— puede ser transformada en una palabra *Rhema*. Se transforma mediante un cambio en el corazón del que escucha. Una palabra *Logos* es ante todo la verdad de Dios, pero no significa la *aceptación* universal de esta palabra *Logos*. Tomemos como ejemplo la declaración de Juan mencionada anteriormente. Tanto ustedes como yo sabemos que esta declaración de Juan es cierta e inequívoca. Pero si se realizara una encuesta general en todo el mundo, para determinar si todos aceptan o no esta declaración, se llegará a la conclusión, según las estadísticas, de que esta declaración *no es* aceptada por la mayoría que la oye.)

Quizá hubo una época en *su* vida cuando usted *no* aceptó esto. Pero luego, cuando aceptó al Señor Jesucristo como su Salvador personal, de repente, esa declaración *Logos* se convirtió en declaración

Rhema — una declaración de significado particular para usted. Podemos decir lo mismo de todos nosotros que hemos sido salvos.)

(El aspecto *Logos* de esto (o de cualquier doctrina infalible de Dios) no es menos cierto porque lo aceptemos o lo rechacemos. La verdad de Dios es eterna e inmutable. Nuestra interpretación de la verdad de Dios no la altera de ninguna manera. No es más cierta porque la aceptemos, ni menos cierta porque la rechacemos.)

(Pero esa verdad cambia completamente cuando nosotros cambiamos de idea y la aceptamos según la expresa Dios. De repente la Palabra de Dios nos habla al corazón en forma específica. Y se convierte entonces en *Rhema* —en lo que a nosotros respecta— ya la mayoría del mundo la acepte o no.)

(Por lo tanto, cuando acudimos a la Palabra de Dios a fin de recibir directivas, y cuando acudimos al Señor en oración para recibir directivas *personales*, debemos tener mucho cuidado en distinguir entre las situaciones *Rhema* y las situaciones *Logos*. A veces la palabra que recibimos es *Logos* pero en muchos casos es *Rhema*.)

EL NO DISTINGUIR LA DIFERENCIA

(Es cuando no distinguimos la diferencia entre *Rhema* y *Logos* que nos sobre-

cogen las dificultades, cuando empezamos a caminar según nuestras presuposiciones aunque *pensamos* que andamos en fe. He aquí una ilustración de lo que quiero decir.)

(Cuando los hijos de Israel entraron en la Tierra Prometida, Dios le dio a Josué directivas específicas (aunque algo extrañas) con respecto a cómo debían conquistar a la ciudad de Jericó.)

Josué siguió el plan *exactamente*, lo cual les proporcionó una rápida y decisiva victoria a las fuerzas de Israel.

Esta, naturalmente, era una situación *Rhema*. Dios le dio instrucciones a Josué para que marchara alrededor de las murallas en silencio cierto número de veces, y luego, en un momento específico, el pueblo debía gritar y tocar las trompetas;

Josué *podía* haber ensayado este método al llegar a todas las ciudades que atacó, durante su campaña destinada a limpiar la tierra de los paganos. Naturalmente, no hubiese tenido ningún sentido si así procedía. La razón es que la Palabra de Dios dirigida a Josué en el milagro de Jericó fue una palabra *Rhema*. Esa palabra había sido pronunciada específicamente y solamente para la ciudad de Jericó. No significaba de ninguna manera que se tratara de una verdad eterna establecida por Dios para arrasar *cualquier* ciudad mediante el toque de trompetas. Dios hizo frente a la necesidad del

momento con una demostración de un milagro *específico*.

(Josué no creyó ni por un momento que estas instrucciones representaran una nueva y maravillosa ley “natural” en la que debía depender toda vez que quisiera ponerle sitio a una ciudad. Josué reconoció estas instrucciones por lo que eran en realidad, una manifestación específica para un momento específico. Esta fue la palabra *Rhema* para Josué, y Josué la reconoció como tal. Jamás intentó emplear este método contra otras murallas.)

(¿De qué manera nosotros, creyentes de la actualidad, nos inclinamos a proceder? Si formamos parte de la banda de israelitas que participaron en la victoria de Jericó, sin duda alguna gastaríamos el resto de nuestra vida predicando la doctrina del ministerio de las trompetas. Escogeríamos como bandera el versículo que dice: “. . . el mismo ayer, hoy y para siempre . . .”, y luego gritaríamos: “Dios no cambia jamás.” Pasaríamos horas y horas al frente de grupos marchando alrededor de murallas acompañados del sonido de las trompetas —y cuando las murallas no se desmoronaban— nos “afirmaríamos en nuestra fe” confesando que ¡la muralla *sí se cayó!* (Evidentemente no tuvimos la fe suficiente como para ver que la muralla *sí se desmoronó.*)

Hace un tiempo Dios me hizo un llamado específico y preciso en el sentido de transmitir mi ministerio por medio de

la radio y la televisión. Y aún más, debía extender ese ministerio lo más rápidamente posible. Me dijo que avanzara sin temor al fracaso. Debía transmitir de inmediato programas nacionales. Y el lector sabrá lo que ocurrió. Este ministerio floreció en forma sin precedentes y casi de inmediato mis mensajes eran transmitidos por cadenas radiales por todo el país y el resto del mundo.

¿Qué fue lo que hice entonces? Cuando mi nombre comenzó a conocerse, se me acercaron ministros evangélicos pidiendo consejos sobre cómo podían organizar *sus ministerios*. ¿Y qué fue lo que les dije? Les dije que hicieran *exactamente* como lo había hecho yo. Puesto que los resultados eran un testimonio de lo que yo recomendaba, mi consejo fue seguido en muchos casos.

¿Y qué fue lo que les ocurrió a estos predicadores? En casi todos los casos, con pocas excepciones, fracasaron en sus intentos y dudo de que algunos se hayan *repuesto* aún de su fracaso.

Les estaba dando una palabra *Rhema* procedente de Dios, como si fuera *Logos*. Y al hacerlo les estaba proporcionando un consejo *malo* encaminando a algunos hermanos cristianos por una senda que Dios no había tenido intención alguna de que transitaran. Provocó muchos dolores, sufrimientos y dificultades. En algunos casos la Palabra de Dios sufrió afrenta. Felizmente, al poco tiempo comprendí mi

error, en el sentido de que no se les había dado a todos una palabra *Rhema* para este ministerio particular. Y evidentemente no es prudente llegar a la conclusión de que toda situación puede ser resuelta siguiendo el método que Dios empleó para una circunstancia *específica*.

¿Y no es evidente acaso que todo el Ministerio de Fe tiene la tendencia de transitar por la misma senda? El simple hecho de que Dios ha bendecido a alguien, o ha sanado a alguien o ha contestado alguna oración en forma milagrosa y abundante, no significa que Dios entonces, desde este momento y para siempre está obligado a resolver toda situación similar de la misma manera.)

Dios no trabaja ni se manifiesta de esa manera. Nuestro Padre Celestial, omnipotente e infinitamente capacitado, dispone de una multitud de formas para resolver *cualquier* situación. Y puesto que es un Dios Omnisciente, sabe perfectamente que lo que le proporcionará un *bien* a la larga a una persona, podría proporcionarle *daño* a la larga a otra persona en la misma circunstancia. De manera que Dios libra o no, bendice o posterga, procede o espera, según las circunstancias, las personalidades y el potencial de los distintos individuos.

¡Qué erróneamente procedemos cuando procuramos limitar a Dios a lo que *nosotros* podemos hacer! Tomemos otro ejemplo de un incidente bíblico, y procuremos

imaginarnos la forma en que podría ser promovido en la actualidad. En Hechos 5:15 se nos dice cómo era sanada la gente al caer sobre ellos la sombra de Pedro, mientras yacían junto al camino.)

(¿Puede imaginarse la realización de cultos cuidadosamente preparados para las diez de la mañana y las cuatro de la tarde, a fin de que el sol estuviese en la exacta órbita para un culto de sanidad por medio de la “sombra”?)

(¿Parece tontería? Naturalmente que lo es. ¿Pero es acaso *menos* tonto cuando miramos a nuestro alrededor y vemos algunas de las cosas que son promovidas como si fuesen espirituales, y manifestaciones piadosas del poder de Dios en la actualidad?)

¿Fue *Pedro* desviado por esta manifestación extraña? Al parecer no lo fue porque no se menciona en ningún otro lugar de la Biblia esta metodología. Aparentemente Pedro comprendió que se trataba de una situación *Rhema*. Fue una oportunidad mediante la cual Dios *escogió* presentar una manifestación pública de su poder a la gente mediante medios *dramáticos*, y luego abandonar esos métodos para siempre, después de haber cumplido sus fines.

(El simple hecho de que Dios hace algo en cierta manera en alguna época no implica necesariamente que lo hará de igual manera en otras circunstancias. La Biblia está literalmente *repleta* de milagros es-

pecíficos que *no* se han repetido. No puedo menos que pensar entonces que es equivocado que enseñemos a la gente a *esperar* que Dios se vuelva estereotipado, y limitado y *restringido* por los métodos que nosotros *personalmente* pensamos que son los que Dios debe seguir.)

EL MINISTERIO DE SANIDAD EN LA ACTUALIDAD

(Hoy es cosa común que los predicadores pronuncien una oración de fe, y luego anuncien a las multitudes “que *todos* han sido sanados. Y lo único que queda es reclamar la sanidad.” ¿Ha recibido el predicador una palabra especial *Rhema* de Dios para tal efecto? Naturalmente que puede haberla recibido.)

Pero estamos inclinados a dudarlo, cuando comprendemos que estos predicadores repiten la misma palabra, noche tras noche, ante distintas congregaciones de todo el país.)

¿Hay veces cuando una palabra *Rhema* es recibida por el predicador, en el sentido de que un individuo (hasta un grupo completo) va a ser sanado? Creo que esto ocurre sin *duda* y cuando así ocurre, creo que es la responsabilidad del predicador de pronunciar esta palabra para edificación de la asamblea.)

Pero cuando esto se convierte en rito, y el ministro evangélico carga con la responsabilidad del fracaso a la *gente*, y afir-

ma que carecen de la fe necesaria para reclamar lo que Dios les ha traído, algo anda mal.

⟨ Voy a decir ahora algunas cosas respecto de las cuales muchos estarán en desacuerdo, y pueden estarlo si quieren. Pero al mismo tiempo, tengo el conocimiento de que poseo algunas credenciales que sustentan mi opinión, fundamentadas en veinticinco años de ministerio público. Y lo primero que deseo afirmar es que toda la cuestión de la sanidad es tan infinitamente compleja que nadie (fuera de Dios) la comprende verdaderamente. Job lo expresó con tanta sabiduría: Dios es más grande que el hombre. Pero ¿cuál es nuestra tendencia? Nos inclinamos a pasar muchísimo tiempo explicando cuáles son las intenciones de Dios, cuando no armonizan exactamente con las *nuestras*. ¿Es la sanidad una parte de la expiación? Lo creo absolutamente y sin duda alguna. Cualquier estudiante de la Biblia que examina cuidadosamente el capítulo 53 de Isaías tendrá que admitirlo. Pero ¿qué diremos? ¿Son todos sanados? Todo aquel que hace unos días aceptó a Jesús como su Salvador personal, se ha encontrado con muchas personas, o conoce mucha gente por la cual se ha orado, se ha ungido con aceite, los ancianos de la iglesia han orado por ella, y sin embargo sigue sufriendo las mismas aflicciones.)

¿Por qué ocurre todo esto? Quizá algunos se asombren pero debo confesar *sen-*

cillamente que no lo sé. Durante muchísimos años de predicar el evangelio, he tratado con miles sobre el asunto de la salvación. Cada vez, y sin excepción, que alguno cree la Palabra, se arrepiente y acepta su parte de la expiación, es salvo. Así ocurre siempre. ¿Pero qué diremos de la sanidad?)

(He orado por muchos que *no* han recibido la sanidad. Por otra parte, hay también muchísimos por los que he orado y *han recibido* la sanidad. Pero la cuestión es que no *todos* son sanados. ¿Por qué ocurre así? De nuevo debo decir sencillamente que no lo sé.)

(Creo quizá que la respuesta esté íntimamente relacionada con la verdad dispensacional. ¿Qué es una verdad dispensacional? Quizá pueda explicarlo.)

(La salvación, mientras tiene sus aspectos *físicos* es básicamente espiritual. La sanidad aunque tiene aspectos *espirituales*, es básicamente física.)

(Los asuntos de carácter espiritual son decididos en el cielo, y una vez decididos, son inmutables e inamovibles. Los asuntos de carácter físico, por otra parte, están íntimamente relacionados con el mundo y todos sus problemas ocasionados por la caída de Adán. Todo asunto de carácter espiritual está bien delineado, es inequívoco, y claramente enfocado dentro de la luz prístina de la voluntad de Dios. Los asuntos de carácter físico, por otra parte, son inmensamente complejos e irre-

misiblemente confusos, a raíz de la naturaleza humana.)

(¿Podría Dios *extirpar* estos complicados factores? No solamente *podría* hacerlo, sino que lo *hará* durante el glorioso reino milenial de nuestro Señor Jesucristo. Pero mientras no llegue ese día, entre los problemas inherentes en la condición premilenial mundana, existe el factor de la enfermedad física (y hasta la muerte).)

(Satanás no *obliga* a Dios a permitir la muerte; Dios ha escogido (por sus buenas y suficientes razones) *permitir* que la muerte esté presente hasta que de manera final y absoluta la quite en el día de la gran culminación de su grandioso plan. Ese día, cuando todos vistamos nuestros cuerpos glorificados y asumamos el estado incorruptible, no habrá más *necesidad* de sanidad por que no habrá más enfermedad. Hasta entonces, sin embargo, debemos de confiar en que Dios tiene sus razones para sanar unas veces, y para no sanar otras.)

INCONSECUENCIAS INEXPLICABLES

(A través de los años he visto a personas que son sanadas en forma repentina y dramática, y que no vivían haciendo la voluntad de Dios, y quienes, si *nosotros* hubiésemos sido el juez, nos hubiera parecido que ni aun merecían la sanidad. Por otra parte, he visto a creyentes de intachable moralidad, temerosos de Dios,

con fe indiscutible y un amor genuino por Dios, que no han recibido la sanidad.)

(Estoy seguro que algunos pueden explicar esto con lenguaje muy hermoso. En realidad yo mismo he dado a veces estas explicaciones. Pero después de haber terminado todas las explicaciones y todos los razonamientos, aún es incomprendible.)

He celebrado muchos cultos evangélicos en donde orábamos por los enfermos y Dios se manifestaba sobrenaturalmente entre el auditorio y un número incontable de personas eran sanadas. Pero en otras ocasiones, en casi las mismas circunstancias, *no* había unción en los cultos y prácticamente nadie era sanado. Por lo que a *mi* parte respecta, no existían diferencias. Pronuncié el mismo tipo de oración. Mi fe (según creo), es consecuente. Yo espero sanidades cuando oro. Y sin embargo, a veces se producen sanidades... y otras veces no.)

Ahora bien. Alguien podría afirmar que la diferencia consiste en la fe de la gente que está presente en los cultos. Me inclino a dudar de esto. Naturalmente, estoy seguro que muchísimos predicadores *atribuyen* los resultados (o la falta de ellos) a este factor. ¿Es válido pensar así? Indudablemente tanto la fe como el *esperar* resultados de Dios es importante y bíblico. Pero, ¿lo explica todo?

(He visto a los enfermos acudir pidiendo oración, sufriendo de tres o cuatro problemas. Mencionan las enfermedades es-

pecíficas que los aquejan, y a veces *todas* ellas son sanadas en un instante. Pero otras veces sólo una o dos de todas las enfermedades que los aquejan son sanadas. ¿Cómo se explica?)

He observado en otros casos a gente que acude con problemas que los aquejan, y después de la oración reciben la sanidad por un problema distinto del que mencionaron. Esto le ocurrió a mi padre hace algunos años. Sufría de una úlcera que le causaba agudos dolores y dificultades. Pasó al frente en un servicio religioso y solicitó oración para que su úlcera fuese sanada. Después de la oración se fue a su casa, y la úlcera siguió provocándole sufrimientos. Pero sus ojos, que eran también un problema (pero no un problema agudo) fueron sanados en el instante. ¿Cómo explica este hecho?

La única cosa que sé con seguridad es que indudablemente no tengo todas las soluciones cuando se refieren a la sanidad. Sé sí que Jesús sana al enfermo. Sé que él realiza milagros. E indudablemente alabo a Dios de todo corazón por todas estas sanidades, pero al mismo tiempo creo que es erróneo establecer doctrinas rígidas diciéndole a la gente que bajo *toda* circunstancia y en todo caso, si no son sanados es porque carecen de fe. Como lo he afirmado muchas veces, esto puede ser así en algunos casos, pero dudo de que sea cierto en *todos* los casos.

UNA EXPERIENCIA PERSONAL

Hace algún tiempo oraba por un asunto específico. Era una situación gravísima. Había orado a Dios pidiendo sinceramente la sanidad de un joven. Otros, algunos de los hombres más distinguidos de la iglesia de hoy, habían orado también. Y sin embargo, nada cambió absolutamente.

Me hallaba en cierta ciudad en una reunión. Jamás me olvidaré de ese momento. Oraba a Dios preguntándole *¿por qué* este joven no había sido sanado, y qué era lo que yo había hecho mal?

De repente (y creo que fueron éstas las mismas palabras del Espíritu de Dios) recibí la respuesta. "Hijo, *tú* no has hecho nada malo. No puedo decirte *por qué* no se ha producido esa sanidad, pero nada tiene que ver con lo que *tú* has hecho o no has hecho."

De manera entonces que *¿cuál* es la respuesta? Aún no sé. Estoy cierto que no me faltaba fe en el asunto. Busqué a Dios con toda sinceridad. Por muchos días ayuné y oré.

¿Pueden el ayuno y la oración "obligar" a que Dios haga algo? Sé que no pueden si es algo que Dios resuelve no conceder. Pero al mismo tiempo, el ayuno y la oración *son* bíblicos y es todo lo que sabemos hacer. Pero nada sucedía. Otros oraban y ayunaban pero *sin* resultados.

¿Es posible acaso que en aquel momento alguien podría haber venido y pronunciado la oración de fe trayendo la sanidad? No lo sé. O quizá uno de nosotros en un momento diferente podría haber visto resultados de la oración. Creo que Dios se manifiesta según un cuadro temporal. Yo creo que es *siempre* la voluntad de Dios sanar a los enfermos, y sin embargo hay muchos enfermos en el mundo. Tenemos entonces contradicciones que nosotros (al menos yo) con conocimientos limitados, no podemos explicar. Estoy seguro que cuando Jesús retorne entenderemos todas estas cosas y las razones serán sencillísimas.

Por el momento, sin embargo, todo lo que podemos hacer es confiar en Dios y vivir con fe.

UN INCIDENTE CONMOVEDOR

(Ha quedado grabado con caracteres indelebles en mi mente. Estaba sentado en un restaurante con un joven acompañado de su esposa, cuyo bebé había muerto de leucemia. Miles de creyentes habían orado por este bebé (repito de nuevo, miles de los hombres más piadosos del mundo habían orado), y ciertamente había orado yo también. Aún así murió el bebé.)

Mientras discutíamos el incidente los cuatro, con lágrimas en los ojos, tuve la sensación de que debiera de haber habido *alguien* que pudiese haber pronunciado la

oración de fe para sanar al bebé. Hoy sin embargo no estoy muy seguro.

En ningún momento durante la enfermedad del niño tuve la seguridad que imparte el Espíritu Santo de que el niño sanaría. Nunca recibí la palabra (*Rhema*) del Señor en este caso. Ninguno de aquellos con quienes hablé la tuvo tampoco.

(Dios sí sana. La sanidad está en la expiación. Dios realiza milagros. La sanidad es una palabra *Logos* en lo que respecta a las verdades eternas de Dios. Y sin embargo en este caso no hubo palabra *Rhema* y el niño murió para estar con el Señor.

¿Por qué? De nuevo debo admitir que no lo sé. Hablando en virtud del caudal de unos cuantos años más de experiencia, ya no estoy tan seguro que alguien en cierto lugar, *podría* haber pronunciado la oración de fe y salvado la vida del niño. No puedo tampoco decir que el niño no recibió la sanidad porque sus padres no tenían fe. De manera que excluyendo estos factores, ¿qué nos queda? Sólo la pregunta obsesionante: “¿Por qué?”)

(En otra ocasión, me encontré con Raymond T. Richey poco antes de su muerte.)

(Raymond T. Richey era un gran hombre de Dios, uno de los hombres *más grandes* de Dios, según mi opinión. Fue testigo de tremendas sanidades. Miles de personas pasaron a formar parte del reino de Dios como resultado de los milagros y sanidades que ocurrieron en sus cultos.

(Y sin embargo, aquel día que le estreché la mano a este gran hombre de Dios, apenas si podía estarse de pie. Era un anciano; su cuerpo estaba azotado por la enfermedad. Al mirarme a los ojos y darme algunas palabras de consejo (palabras que nunca he olvidado), no podía menos que maravillarme de los caminos incomprensibles de Dios.)

Tenía ante mí a un hombre que había visto un milagro tras otro. ¿Podría atribuírsele falta de fe a aquel hombre que había vivido una vida de tan íntima comunión con Dios, por tan largo tiempo? Yo no podía. No creo que nadie que estuvo expuesto a tantos milagros positivos de Dios, podría negar la realidad de la mano de Dios en la vida del hombre. Y sin embargo aquel hombre estaba doblado y deformado por la enfermedad, y murió poco tiempo después.)

(Surgen tantas preguntas y tenemos tan pocas respuestas. Yo sé positivamente que Dios sana. Y sin embargo *no* todos son sanados. Supongo que existen millones de razones porque no se produce la sanidad, pero desgraciadamente no lo sabremos hasta que no estemos ante Dios, en la época cuando todas las cosas serán hechas nuevas.)

Antes de dejar la cuestión de la sanidad, quiero decir una palabra final. En vista de los incidentes mencionados más arriba debe surgir inevitablemente la siguiente pregunta: “¿Debemos *evitar* orar por los

enfermos si no sentimos en nuestro corazón una palabra específica (Rhema) que nos promete la sanidad para esa persona determinada?"

No, absolutamente no. Creo que no debemos dejar *nunca* de orar por los enfermos (o por cualquiera que lo pide) ya sintamos en el corazón una palabra especial *Rhema* o no. Pablo dijo que debemos orar sin cesar.

Tenemos siempre la palabra *Logos* (las Sagradas Escrituras) para fundamentarnos. Dios sana de maneras distintas, y en cuadros temporales que no podemos siempre reconocer. Debemos orar *siempre* con fe, *pero debemos tener cuidado de no pronunciar la sanidad si no tenemos confianza de que ha ocurrido.*

Proceda con sinceridad y sea fiel. Ore con fe y entonces si usted *siente* la Palabra de Dios que le asegura que la sanidad ocurrió, anúnciela. Si no, no se convierta en címbalo que retiñe, haciendo mucho ruido que nada significa.

II. LA VIDA DE LA CRUZ O LA VIDA DE FE

Durante muchos años la iglesia enseñó la Vida de la Cruz, y pasó por alto la Vida de la Fe. Yo creo que si nos concentramos completamente en un aspecto de nuestra relación con Dios, y excluimos todos los demás, cometemos un error. Dios creó al hombre y lo creó una criatura com-

pleja que opera en un mundo complejo. Por lo tanto yo creo que él quiere que llevemos una vida equilibrada —no solamente en nuestras relaciones con el mundo— sino en nuestra relación con él.)

(Si recalcamos excesivamente la Vida de la Cruz (el continuo llevar nuestra cruz cristiana), yo creo que la iglesia produce seres desproporcionados. Satanás usó esto para crear el desánimo y la derrota en la vida de los individuos que siempre parecían estar, de cualquier manera, al borde de la muerte espiritual.)

Bajo esta influencia, el cristianismo se convirtió en algo adusto, monótono, desesperanzado, en otras palabras, una carga. Era, en el mejor de los casos, un quehacer rutinario. No nos debe maravillar que el mundo mirara la iglesia, sacudiera la cabeza y dijera: "Si eso es lo que el cristianismo tiene que ofrecer, no quiero nada de él.")

(Y luego soplaron brisas de cambio. La doctrina de la Vida de Fe comenzaba a ser proclamada por todo el país.)

He aquí un concepto que podía abrazarse con *deleite* en vez de aquel andar trabajoso por la vida doblegado por el peso de la cruz, podíamos comenzar creyendo que Dios nos concedería grandes respuestas a la oración. Podíamos fundamentar nuestra teología en la declaración de Jesús, de que había venido para darnos vida en *abundancia*.)

(Tenemos aquí una fe que nos *anima*,

una fe que desvía nuestros ojos del aspecto terreno y trivial de nuestra vida cotidiana, y los fija en el hecho de que somos en realidad hijos del Dios Altísimo. Millares de personas comenzaron a regocijarse descubriendo nuevo gozo en sus relaciones con Dios. ¡Comenzamos a comprender que Jesús había muerto por *nosotros!*)

(¿Y qué es lo que el *mundo* ve ahora? Una iglesia saturada de fervor, vigor y gozo. Han desaparecido los creyentes de caras largas. Esta es una iglesia *libre*, una iglesia en que arde el fuego de Dios. Es una iglesia que exhibe el gozo del Señor. A miles les *gusta* lo que ven y dicen: "Si esto es cristianismo, yo lo *quiero.*")

(Esta es la iglesia en acción, es una iglesia que crece, una iglesia que ve salvaciones, una iglesia dispuesta a fundamentarse en las promesas de un Dios Todopoderoso. La gente se despoja de sus reservas, y *abraza* a su Señor.)

(Yo fui uno de los miles que hizo precisamente eso. Quizá lo sea usted también. De manera que en este momento debemos hacer un alto y preguntarnos lo siguiente: "¿Cuál es la *avenida correcta?*")

(¿La Vida de la Cruz o la Vida de la Fe? ¿En cuál de esas dos esferas debemos concentrar nuestra atención? ¡Ah, he aquí el dilema!

(*Si pasamos por alto la Vida de la Cruz tendremos una vida sin propósito. Si pasamos por alto la Vida de Fe tendremos*

una vida sin poder. La respuesta lógica naturalmente es una vida *balanceada* o equilibrada, con igual énfasis en la Vida de la Cruz y la Vida de la Fe. El recalcar uno de estos factores, excluyendo al otro, llevará a una postura cristiana carente de equilibrio.)

(Es lo que el Espíritu Santo tuvo que señalarme hace unos cuantos años. Estaba tan saturado de la Vida de Fe que estaba *pasando por alto* la Vida de la Cruz.)

Una vida que no es más que trabajo, sin distracciones, provocará el colapso mental y físico. Pero una vida que es todo recreación y nada de trabajo también nos destruirá. Necesitamos *ambos* aspectos para disfrutar de una vida espiritual plena y equilibrada.)

¿LA VIDA PERFECTA?

Supongo que es muy humano que todos nosotros deseemos la vida perfecta. En la actualidad surgen por todo el país pequeñas iglesias (y algunas no tan pequeñas) dirigidas por predicadores que les dicen a sus feligreses que se plieguen a ellos y disfrutarán de una vida de absoluta felicidad. Nunca jamás les sobrevendrán dificultades de ninguna clase; vivirán siempre libres de la enfermedad, de problemas de carácter financiero, o disgustos de *ninguna* clase.

Pero ¿sucede así? Bien, desgraciadamente, *ofician* funerales en esas iglesias,

surgen problemas de carácter matrimonial, y se *producen* reveses financieros.

Ahora, quizá se me acuse de recalcar excesivamente lo que prometen estos predicadores. Dirán que no *hacen* estas promesas, que no exageran las recompensas inherentes de la Vida de Fe. Desgraciadamente, aunque dichos predicadores públicamente no hagan estas promesas, ellos pintan un cuadro tal que los laicos lo interpretan como representando esta clase de vida.

¿En dónde reside el problema? Una vez más diré que se debe a que concentramos nuestra atención en solamente un aspecto parcial del asunto. Si queremos establecer una relación con Dios, debemos establecer una relación con el Dios *total*. No debemos escoger solamente de entre los versículos que nos gustan, mientras que pasamos por alto los versículos que representan responsabilidades para nosotros.

En realidad, siempre que la iglesia (o un segmento de ella) se apropia de un fragmento particular de la enseñanza total de Dios, aun cuando esta enseñanza sea verdad dentro de sí misma, corre peligro de cometer una herejía.

Ahora bien: la gente interpreta la herejía de diversas maneras. La mayoría quizá diga que herejía es la *extrema* falsificación de las creencias cristianas. Pero en realidad, la herejía puede ser nada más que el aislamiento de una doctrina básica, tergiversada un poquito.

Existe este tipo de herejía y temo que existen esferas de la enseñanza cristiana popular en la actualidad que se *aproximan* a este punto de herejía por distorsión o deformación.

¿Proceden entonces correctamente los predicadores, cuando recalcan con exceso su ministerio de la Vida de Fe? Hasta cierto punto *están* enseñando la Biblia. Pero, ¿están errando en un punto decisivo en lo que respecta a lo que enseñan? Creo que lo están, y estoy convencido de que el punto en que se descaminan consiste en que se *adelantan demasiado* respecto de lo que prometen. Lo que estos predicadores están describiendo, con toda sinceridad, es el Reino milenial.

Hagámosle frente a la realidad: mientras el Señor no retorne corporalmente para iniciar el milenio, y todos nosotros seamos transformados y glorificados, el hijo de Dios no tendrá necesariamente una vida eufórica y una existencia libre de todo problema. *Cuanto más* vivamos sirviendo a Jesucristo, *tanto más* Satanás procurará obstaculizarnos, poniendo en nuestra senda trampas y lazos. Esta es una continua batalla, una lucha constante. Es el conflicto más colosal que se ha desarrollado jamás, o que se desarrollará en el futuro. Mientras que otras batallas están relacionadas solamente con la vida del hombre, esta batalla lo está con el *alma* del hombre.

(Mientras que esta batalla ruge (y con-

tinuará rugiendo hasta aquel gran día cuando la señal del Hijo del Hombre aparezca en las nubes), no habrá descanso, ni cese, ni treguas.)

(Desgraciadamente, por ahora, la Biblia nos promete (junto con todas esas *gozosas* promesas que conocemos tan bien), tribulación, persecución y oprobios por el mundo (Juan 16:33; Mateo 24:9; y otros). Cuando menos a uno de los discípulos se le prometió la muerte por crucifixión (Juan 21: 18-19) y tradicionalmente, *casi todos los apóstoles sufrieron el martirio.*)

(Pensando en todas estas cosas, ¿qué importancia tiene que conduzcamos un automóvil de grandes dimensiones, o tengamos dinero o disfrutemos de la aclamación del mundo, o seamos dueños del poder y fortaleza? ¿Hasta dónde contribuyen todas estas cosas a la extensión del plan de Dios? Y, sin embargo, ¿qué es lo que oímos en tantas y tantas iglesias? Oímos de qué manera podemos reclamar para nosotros *estas* cosas excluyendo casi totalmente aquello que promoverá el Reino.)

(La posesión de "bienes" se predica con exceso en los púlpitos en la actualidad. Hoy la moderna Enseñanza de Fe afirma que como hijos de Dios, debemos pernoctar, siempre que podamos en el mejor hotel, llegar hasta él conduciendo un automóvil de último modelo, disfrutar de la vida mientras flotamos perezosamen-

te en piscinas con calefacción. *Merecemos* según se nos dice, todas estas "cosas")

(Sin embargo, al leer la Biblia, observo que no hay lugar en el Nuevo Testamento en donde se nos diga que Jesús (nuestro ejemplo) se quedó en los mejores hoteles o viajó en costosísimos vehículos.)

(Deténgase a pensar en este asunto. Si Dios es un Dios universal (y lo es), luego el mensaje acerca de Dios debe ser un mensaje *universal*. Si el mensaje de prosperidad para los creyentes es el *verdadero* mensaje de Dios para sus hijos, luego ese mensaje debe tener vigencia en todo el Reino de Dios, en el mundo.)

(¿Cómo podemos entonces explicar este tipo de enseñanza a una madre cristiana en Cambodia mientras mece en su seno a su hijito hambriento, hasta que muere? ¿Cómo podemos explicar estas doctrinas a los creyentes de Rusia que se ocultan en el campo, en los graneros, mientras leen temerosos hojas mimeografiadas de la Biblia a la luz de una linterna o de un farol? No podemos.)

(En realidad, este evangelio de prosperidad es un mensaje localizado. La prosperidad por medio de Jesús puede ser promovida con éxito en una zona que para *comenzar* disfruta de una gran prosperidad básica.)

(Pablo lo declaró muy bien hace casi dos mil años cuando dijo en 1 Corintios 4:8: *Ya estáis saciados, ya estáis ricos, sin nosotros reináis. ¡Y ojalá reinaseis,*

para que nosotros reinásemos también juntamente con vosotros!)

(Lo que el apóstol Pablo dice (indudablemente con cierto sarcasmo) es que proceden como si fuesen reyes, tienen lleno el estómago, gozan de una situación cómoda y hasta podrían ser reyes o ricos.

(Pero, continúa diciendo: *Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres. Nosotros somos insensatos por amor de Cristo, mas vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, mas vosotros fuertes; vosotros honorables, mas nosotros despreciados.* Observe el lector la fuerza cortante del sarcasmo de Pablo, al pintar un cuadro del punto de vista mundano de sus seguidores.)

(Y sigue diciendo el apóstol: *Hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos, nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y rogamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos.*

(En el versículo catorce, el apóstol Pablo abandona el enfoque indirecto y habla sin ambages. "No escribo esto para avergonzaros, sino para amonestaros...", y luego en el versículo dieciséis afirma:

“Por tanto, ruego que me *imitéis...*”, y mientras leemos detenidamente estas palabras suenan como si hubiesen sido escritas *específicamente* para los adherentes de tiempos recientes del Ministerio de Fe. ¡Cómo difiere la predicación de Pablo de la de alguno de los predicadores de la actualidad!

(No hay duda de que la preocupación por un elemento *particular* de la gran obra de Dios en el mundo provocará una distorsión en el andar cristiano. Dios es un Dios que realiza milagros. *Quiere dar* (y da) toda cosa buena a sus hijos. Pero no debemos preocuparnos totalmente por este aspecto del cristianismo. Debemos proceder con cautela respecto de las recompensas físicas y los bienes materiales.)

(¿Quedará entonces la vida cristiana sujeta a una existencia monótona y desdichada? ¡De ninguna manera! ¿Problemas? Sí. ¿Dificultades? Sí. Pero nuestro Señor dijo que jamás seríamos puestos a prueba más allá de nuestra capacidad de resistir. Las tentaciones, las pruebas y la *experiencia* son elementos que contribuyen a nuestro crecimiento y desarrollo. El Señor Jesucristo sabe *exactamente* cuánto fuego es necesario para que tengamos el temple ideal. Un creyente excelente, de temple acerado, es aquel que conseguirá la victoria por intermedio del Señor Jesucristo. La Vida de Fe *debe* ser templada y equilibrada con la Vida de la Cruz. Repito, debemos

recaltar el punto crucial, decisivo: nuestro *propósito* es en la cruz, nuestro *poder* es en la fe.)

III. LA CONFESION EQUIVALE A POSESION — ¿O SERA ASI?

(Cuando oí por primera vez el mensaje de confesión me conmovió el corazón. Pensé que era “fantástico” en lo referente a bases bíblicas. En vez de confesar opresión, dominación y derrota, teníamos aquí finalmente un mensaje de influencia edificante, de poder y de victoria. Por primera vez comenzábamos a contemplar la realidad del poder de Dios. Jesucristo *es* Rey de reyes y Señor de señores. El hijo de Dios *puede* alcanzar la victoria. Jesús realiza milagros en la actualidad.)

El ministerio de confesión cambió *mi* vida. Fue el medio que convirtió mis derrotas en victorias. Jamás abandonaré este mensaje y estaré eternamente agradecido por recibirlo. Toda vez que oigo a un hijo de Dios confesar o admitir la derrota, repetir una letanía de desánimo y tribulación, me acongoja el corazón. Y estoy seguro que perturba también a Dios.)

(Pero muy pronto comencé a reconocer una creciente distorsión del principio de confesión positiva. Al poco tiempo comenzó a predicarse que si confesamos nuestros deseos, los expresamos, ellos se

convertirán en realidad. Podemos confesar o mencionar riquezas, fama, poder y popularidad, y todas estas cosas serán nuestras. ¡Podemos confesar que somos sanos, y la sanidad para el cuerpo será inevitable!)

El problema con esa clase de confesión y declaraciones puede convertirse en encantamiento, una especie de hechizo. Con toda sinceridad, debo decir que la confesión ha llegado en la actualidad a un punto en donde el creyente debe proceder con cuidado, de lo contrario se encontrará en una esclavitud debido al *exceso* de su confesión.)

SOBERANIA — ¿DE DIOS O DEL HOMBRE?

(El problema, naturalmente, consiste en que este principio se vuelve herejía cuando confesamos deseos carnales con el deseo de que se cumplan. Dios pierde entonces su soberanía y el hombre la asume. Dios se convierte en poco tiempo en nada más que un muchacho de los mandados.)

(¡Ah, sí!, nos jactamos que somos la gente de la "Palabra", viviendo solamente según los deseos de Dios para nuestra vida. ¿Pero, qué es lo que en realidad estamos haciendo? Estamos firmes con Dios, más por lo que podemos recibir *de él*, que por lo que podemos *darle*. Al poco tiempo *estamos* preparados para juzgar, en cualquier situación, cuál es la volun-

tad de Dios para el momento. Tomamos el principio *Logos* y nos aferramos a él como si fuese nuestra propia palabra *Rhema*.)

(Se nos dice que la salud perfecta, la prosperidad perfecta y la paz perfecta son nuestras si solamente aplicamos correctamente las palabras de Dios. Ahora bien, ¿no es *ésa* acaso una doctrina precipitada? No nos debe asombrar que tanta gente acuda a las iglesias que promueven esa actitud.)

(Ciertamente, no tiene nada de *malo* desear perfecta salud, perfecta paz y perfecta prosperidad para nosotros y nuestras familias. Eso es humano. Pero la dura y fría realidad de la vida debe convencernos de que tal situación rara vez existe.)

(*Debemos* saturar nuestra vida de pensamientos positivos, pensamientos piadosos, pensamientos de alta moralidad. Estos son los materiales con los cuales se edifica una sólida vida cristiana. Pero no debemos procurar "obligar" a Dios a que nos recompense cuando hacemos estas cosas. Debemos hacerlas como parte integral de nuestra conducta, y no como medios para alcanzar un fin.)

("Pero", nos dicen, "¿la Palabra de Dios nos *garantiza* estas cosas!")

(¿Ah, sí? ¿Qué diremos del apóstol Pablo y su descripción de *su* carrera como siervo de Dios en 2 Corintios 11:23-28? ¿Suena esta descripción como la del cre-

yente que ha disfrutado de todas estas cosas *buenas* del mundo? Sí, estos mismos predicadores emplean las mismas palabras de Pablo para promover muchas de sus doctrinas.

(Dios no será burlado, pero temo que a veces casi constituye burlarse de Dios cuando comenzamos a verle como una especie de Papá Noel glorificado, más bien que como la suprema deidad que es en *realidad*.)

(No sé cómo se siente la mayoría de los creyentes, pero sé que en lo que a mí respecta, *no quiero* arrogarme la soberanía de Dios. He procurado siempre, y espero continuar haciéndolo, aceptar la voluntad de Dios.)

(Por hábiles que *pensemos* que somos, no importa qué bíblicas creamos que pudieran ser nuestras conclusiones, jamás podemos ni siquiera soñar poseer la centésima parte de la sabiduría divina. De manera que cuando procuramos arrinconar a Dios para que él se manifieste dentro de las soluciones que *nosotros* hemos ideado, estamos comprometiendo los mejores intereses de nuestra vida, y la vida de muchos de aquellos que nos rodean.)

PALABRAS PROHIBIDAS

(Se le aconseja al creyente de la actualidad a no pronunciar nunca palabras que signifiquen dolor, enfermedad, fracaso,

derrota, sufrimiento o muerte..., aun cuando *existan*, aun cuando esas cosas estén ocurriendo a nuestro alrededor. Se supone que si omitimos tales palabras de nuestras conversaciones, libraremos al mundo —o cuando menos a *nuestra vida*— de los peligros de tales calamidades.

¿Qué le hubieran dicho a Pablo los modernos maestros de este “sistema” si hubiesen estado presentes cuando él redactó los pasajes que hemos mencionado con anterioridad, que se encuentran en 1 Corintios 4? ¿Hubiesen censurado al apóstol Pablo por decir que era débil y despreciado, que sentía hambre, que estaba desnudo y difamado? ¿Lo hubiesen expulsado de la hermandad por haber hecho una confesión mala?)

(¿Cómo reaccionarían estos mismos predicadores ante la verdadera *condición* de Pablo, que fue una de relativa pobreza toda su vida? Pablo ciertamente sabía que Jesús había llevado sobre sí la pobreza del apóstol. ¿Por qué entonces no proclamó o confesó Pablo las riquezas, en la forma en que la mayoría de los predicadores lo recomiendan en la actualidad, pidiéndole a Dios que le concediera comodidades y riquezas *mientras* viajaba por el mundo esparciendo el Evangelio? ¿No sería acaso Pablo criticado en la actualidad, por la mayoría de las congregaciones de Fe, por *aceptar* las condiciones que le sobrevinieron al seguir al Señor?)

(¿Quién entonces tiene razón? ¿La tiene Pablo, el consagrado y sufriente siervo de Dios, que aceptó lo que no podía cambiar, con alabanza y acción de gracias? ¿O la tienen los modernos maestros que han renunciado categóricamente a tales confesiones, calificándolas de creencias erróneas y negativas, y hasta pecado?)

(Creo que el *ejemplo* sentado por Pablo y las enseñanzas escritas que nos legara, constituyen un claro mandato para nosotros en el sentido de ser realistas en nuestro andar con Dios. Cuando un niño muere, cuando una esposa fallece, cuando un negocio fracasa, ¿procedemos como derrotistas cuando derramamos lágrimas? ¿O procedemos como personas sinceras y realistas y humanas, en nuestra reacción a las tragedias de este mundo que inevitablemente *les ocurren* a los creyentes de vez en cuando?)

(Evidentemente, Pablo no predicaba un Evangelio de exagerado optimismo. Cuando lo sobrecogió la derrota, no vaciló en admitirlo. Cuando la serpiente le mordió la mano después de aquel naufragio, no negó que la serpiente estuviese allí ni que fuese real. Sacudió la serpiente en el fuego y luego confió en que Dios resolvería la situación. Dios neutralizó el veneno de la serpiente, y estoy seguro que Pablo lo alabó por ello. No declaró, sin embargo, que no había serpientes en el mundo.)

(¿Qué diremos de las enseñanzas que oímos en la actualidad? He aquí lo que un predicador les pidió a sus oyentes que repitieran hace unos días:)

(“Todo lo que toco prosperará. No puedo fracasar. Nada de lo que toco fracasará. Todo lo que toco tendrá éxito. No sé lo que es el fracaso.”)

(Al escuchar tales tonterías, uno comienza a preguntarse si quizá *nosotros* tengamos una traducción correcta de la Palabra de Dios. Ciertamente no hay nada de eso en *mi* Biblia. Si resolvemos poner a Dios en *servidumbre* con respecto a todos nuestros caprichos, se convierte entonces en nada más que despensero bajo nuestras órdenes. ¿Y qué ocurre entonces si mi plan fracasa? Bien, evidentemente debe ser culpa de Dios. Si no me da exactamente lo que le pido, él debe de haber fracasado en algún punto.)

(El factor básico que observamos aquí —y que me perturba sobremanera— consiste en que el hombre en realidad se exalta por encima de Dios. Toda teología que exalta al hombre debe fracasar inevitablemente. ¿Por qué? Porque la verdad triunfará siempre y la verdad es que estamos aquí en este mundo para el deleite *de Dios*, que él *no* está aquí para *nuestro* deleite. Es el grandioso plan de Dios el que saldrá finalmente victorioso, y no el del hombre.)

CONFESION Y SANIDAD

Miles de personas en la actualidad son objeto de oraciones. Y, aun cuando no hay pruebas de mejoría en su condición, reciben instrucciones de declarar que *son sanas*, y continuar confesando su sanidad, no importa cuál sea su estado físico. Algunos maestros dan un paso más y aconsejan a aquellos supuestamente sanados que no deben bajo *ninguna* circunstancia *negar* su sanidad consultando a un médico.)

(Yo creo que ésta es una práctica gravemente peligrosa. Pensemos en la mujer que nota un bulto en el pecho. Pensemos en los hombres con alta presión arterial. Pensemos en los jóvenes con tumores incipientes en el cerebro. *Todas* estas condiciones, si se atienden a tiempo, tienen excelentes posibilidades de cura. Pero, ¿qué ocurre cuando los malos consejos de algunos de estos maestros de la Fe son obedecidos? Muchos mueren. ¿Es de esta manera que se promueven los intereses de nuestro Señor y Salvador?)

(¿Debemos entonces abandonar la oración por los enfermos y consultar de inmediato al médico? Naturalmente que no. El Señor Jesucristo *sí* sana, y continuará sanando hasta que retorne con poder y gloria para desalojar para siempre *toda* enfermedad de la tierra. Pero si carecen de una definida palabra *Rhema* de sanidad con respecto a una situación específica, creo que tales maestros y predi-

cadadores se han extralimitado en mucho en lo que respecta a sus funciones cristianas (sin mencionar el sentido común) cuando descartan el consejo médico. Sigamos orando por los enfermos en todas las oportunidades que se nos presenten. Pero no pongamos en peligro la recuperación de esos casos, negándoles el derecho de consultar a un médico para que diagnostique la enfermedad y aconseje un posible tratamiento.)

UN TERRIBLE ACCIDENTE

(Hace un tiempo, me sucedió un caso con un hombre muy piadoso. Lo tenía y aún lo tengo en alta estimación, con relación a su conducta diaria y a su consagración a Dios. Si yo necesitara oración para algún caso especial, sería él el primero a quien acudiría para que intercediera ante Dios por mí.)

(Este hombre, acompañado de su esposa, se hallaba de vacaciones. Después de llegar a su destino la esposa me hizo un llamado de larga distancia. Estaba casi histérica. Su marido estaba en estado comatoso, y lo había estado por algún tiempo. Mientras se dirigían a la ciudad en donde pasarían unos días, él perdió el conocimiento varias veces mientras conducía el automóvil. Cada vez, ella se vio obligada a tomar el volante a fin de que el automóvil no se estrellara en una zanja o cruzara vías en la carretera.)

Cuando recobró el conocimiento, hablé con ambos por teléfono. Oré con ellos y por ellos y puse mi confianza en Dios para la sanidad de aquella condición que provocaba el problema. Luego le pedí que consultara al mejor médico de la zona a fin de descubrir lo que provocaba esos desmayos. Me aseguró que lo haría y así quedamos.

Sin embargo, al día siguiente, me llamaron de nuevo. Parece que después de mi conversación con ellos, otro predicador, en quien ellos tenían gran confianza, había hablado con ellos y había orado por su condición. Y luego después de la oración le aconsejó que no *negara* su sanidad consultando a un médico.

Razoné con ellos. Me sentía muy preocupado, no solamente porque sentía profunda estimación por él, sino por la posición que ocupaba en el ministerio. Mis protestas no dieron resultado. A su entender, lo que les había dicho el otro predicador era lógico. A fin de apropiarse de la sanidad, parecía lógico que proclamaran su fe negándose a consultar a un médico en el asunto.

Ahora bien, su actitud era en realidad muy egoísta y realmente peligrosa. No tenía seguridad alguna de que no se desmayaría de nuevo. ¿Qué le ocurriría al inocente que se viera involucrado en el accidente, si este creyente perdiera el conocimiento? ¿Era justo que demostrara su fe involucrando a extraños en las ra-

mificaciones de su decisión? Pero mis consejos no dieron resultado. Estaban convencidos de que los consejos del otro predicador eran los que debían obedecer.

Puesto que yo gozaba de su confianza, quizá podría haber hecho más. Tal vez debiera de haber insistido en que vieran a un médico. Pero en aquel momento me sentí indeciso y terminé por no hacer nada.)

(Pasaron varias semanas. Parecía que quizá el Señor le había solucionado los problemas; pero luego ocurrió la tragedia. Ocurrió un accidente automovilístico. Aquel creyente había perdido el conocimiento mientras conducía su automóvil y había chocado con otro coche ocupado por una joven madre y su bebé. Alabado sea Dios, ni ella ni el bebé resultaron seriamente heridos a pesar de la severidad del impacto. Y descubrimos asimismo que aquel amigo mío tampoco había resultado gravemente herido. De nuevo, debemos alabar a un Dios que a veces nos protege cuando no procedemos con la sabiduría necesaria para protegernos a nosotros mismos.)

(Fue trasladado a su casa en donde presentó sus excusas por haberse negado a consultar a un médico. En realidad resolvió hacer una consulta al día siguiente con un médico lleno del Espíritu Santo. Y, ¿qué se descubrió después del examen médico? Que este hermano tenía un problema relativo a su presión arterial. El

médico le recetó medicinas que le resolvieron la situación.

(Pensemos en el incidente por unos momentos. Tenemos aquí un caso de celo mal dirigido, en donde un creyente siente la necesidad de *demostrar* su consagración cristiana. ¿A quién se la demostraba? Ciertamente no tenía que demostrármela a mí. Yo estaba consciente de su carácter cristiano y de su actitud. Evidentemente, no tenía que demostrársela al Señor porque él conocía su corazón. Sin embargo, se mantuvo obstinadamente en un principio que casi le provoca *su* muerte y sin darse cuenta involucró a una madre inocente y a su hijito que *podría* haber sido muerto o quedar permanentemente lisiado. ¿Indica tal conducta una buena actitud cristiana y un buen motivo? Creo que no.)

Creo que este caso es un ejemplo del cruce de la línea tenue que divide la fe y la presunción. Estaba dispuesto a *suponer* ciertos hechos, a pesar de que esos hechos no habían sido verificados. Al hacerlo, puso en peligro no solamente su situación, sino también la situación de otros.)

¿Y *fue* sanado por el Señor? Evidentemente no lo fue antes del accidente, puesto que fue la pérdida del conocimiento la que lo provocó. Todos nosotros continuamos orando a Dios por su sanidad. Y hoy predica el Evangelio y realiza una gran obra para el Señor.)

Pero tenemos que retornar a la conducta *extrema* de los maestros de la Fe. Aquel hombre hizo precisamente lo que ellos le dijeron. *Insistieron* que cualquier contacto con un médico equivalía a *negar* la sanidad que Dios le había "otorgado". Aquel hermano podría haber muerto como resultado de los consejos de los maestros, como así también la joven madre y su inocente hijito.

¿Se trata de casos aislados? No, y a veces no son tan graves. Recientemente los padres de un niño que sufría de astigmatismo pidieron oración a fin de que su hijito no tuviese que usar anteojos. Me imagino que puesto que ni el padre ni la madre llevaban anteojos, existía aquí quizá un vestigio de vanidad. Pero una vez que se oró por el niño y la sanidad fue proclamada por el predicador, los padres pisotearon los anteojos, rompiéndolos, para demostrar su "fe" en la sanidad.

¿Qué ocurrió? Sus labores escolares sufrieron porque no podía ver bien y finalmente los padres tuvieron que comprarle nuevos anteojos. No se produjeron daños graves ni permanentes, y no hubo sufrimientos serios. ¿Pero esta conducta contribuye a la fe de aquellos a quienes los padres le *proclamaron* la sanidad? Yo creo que no.

El proclamar o confesar una mentira es un desdoro para la Biblia y pone en tela de juicio la deidad misma de Cristo.

Hasta una confesión positiva, llevada a su extremo, convirtiéndose en herejía, puede hacer que el creyente piense que puede *influir* a Dios para que haga lo que él quiera. Bajo la influencia de predicadores que les dicen que tienen el *derecho* de esperar cualquier cosa que proclaman o confiesan, comienzan a tratar de confesar o proclamar el rechazo de la enfermedad, de la muerte de seres amados, de problemas de carácter financiero, o cualquier otra cosa. ¿Y cuando estas tragedias se producen *a pesar de todo*? Muchos se vuelven contra Dios, perdiendo completamente la fe en su omnipotencia. ¿Por qué? Porque sus maestros les han dicho que tienen el *derecho* como hijos de Dios, de *esperar* que Dios los oiga y haga lo que ellos piden.

Hoy hay miles de creyentes que deambulan por el mundo, como seres sin voluntad propia, cuya fe ha sido desgarrada, hecha tiras, y casi destruida por tales enseñanzas descaminadas. Naturalmente, podemos decir de esta gente que no tuvieron fe, o que cometieron algún error al proclamar su sanidad, o que se confundieron en la fórmula.

Bien, quizá el lector tiene libertad de pensar así, pero yo no. A mi entender, no hay *derecho* de descaminar a la gente y luego aumentar su desesperación culpándola por el fracaso. Yo creo que el fracaso reside, no necesariamente en la falta de fe de parte del que pide, o en

la confesión o proclamación incorrecta, sino en el error en los métodos que son promovidos por los maestros.

(Como he dicho con anterioridad, una confesión o proclamación correcta es siempre apropiada. El hijo de Dios debe alimentarse regularmente de la Palabra de Dios. Debe *confesar* o proclamar correctamente la Palabra y luego debe examinar sus *actitudes* para ver si está depositando su atención en el vaso medio vacío o medio lleno. Debe *confesar* la victoria, pero al mismo tiempo, no debe llevar las cosas hasta el absurdo, en donde está confesando o proclamando una mentira.)

(Nada se ganará jamás con nuestro fervor de promover los fines de Dios, haciendo a Dios cómplice de la promulgación de una mentira. Todo asunto llevado a un extremo ilógico *es* una mentira. Todo aquello que no sea *totalmente* bíblico es una mentira. Una mentira es herejía, e inevitablemente, la herejía termina en destrucción.)

ULTIMO DE TODO

Nos encontramos en la actualidad con grupos que cómodamente dan la impresión de formar parte de una clase superior. *Nadie* tendría problemas o dificultades si solamente fuese "como ellos" y siguiese su ejemplo. La impresión que deja es de una satisfacción consigo mismo y complacencia porque son los que

poseen el "sistema" de establecer contacto con las fuentes inagotables de las bendiciones de Dios.

Créanme, esta vanidosa y egoísta actitud no procede de Dios. (La Palabra de Dios, llevada a su última conclusión, siempre proporciona humildad. Aquel que es realmente como Cristo da pruebas de humildad. Lea el Nuevo Testamento. Uno de los rasgos sobresalientes de Cristo, mientras andaba por la tierra, fue el de la humildad.)

(Para finalizar, quisiera decir lo siguiente: Se nos dice repetidamente que si seguimos todas las fórmulas correctas, si hacemos las confesiones o declaraciones que corresponden, el resultado correspondiente nos seguirá *inevitablemente*. ¿Pero qué es lo que estamos viendo? En realidad, menos sanidades de las que veíamos hace unos cuantos años. Parece como si la pregunta: "Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?" (Lucas 18:8) enfrenta a *esta* generación.)

(Dios nos ha dado grandes ejemplos de su poder para aumentar nuestra fe en el decurso de los años. Pero, ¿se verá obligado el Señor, a raíz de "demandas por fe" y "fe por demanda", a retirarnos su apoyo y ver qué hacemos entonces? Espero que no sea así. Pero cuando la fe y la presunción están irrevocablemente entretreídas, quizá se necesite la intervención divina para corregir la situación.)

Muchos hablan de fe, pero me pregunto cuánta fe *verdadera* existe. El Señor Jesucristo definió la fe en Juan 20:29: *Bienaventurados los que no vieron, y creyeron*. Muchos hablan hoy de prosperidad, pero no puedo menos que preguntarme cuántos gozan de verdadera prosperidad *en el espíritu*. Por sobre todo, al pasar tanto tiempo concentrándonos en la Vida de Fe y todas las recompensas que se derivan de dicha vida, ¿hemos perdido de vista completamente el asunto crucial y fundamental de la Vida de la Cruz?

UNA VIDA EQUILIBRADA DE FE

Hay para el creyente una Vida de Fe, y una Vida de la Cruz. Cualquiera de las dos, si se sigue excluyendo la otra, provocará una vida cristiana distorsionada. Debemos procurar que nuestro andar cristiano sea por el *medio* de la cuerda, por así decirlo, sin inclinarnos a un lado o al otro. Si nos inclinamos demasiado a un lado o al otro, caeremos con estrépito de la cuerda. Existe una palabra que debe ser nuestro lema si queremos ser vencedores y continuar su obra hasta el fin: ¡Equilibrio! Que el Señor lo bendiga y guarde. Amén.

Ana Maria Cerco Acosta